

GREZ, Sergio y SALAZAR, Gabriel (compiladores) *Manifiesto de historiadores*, LOM ediciones, Santiago de Chile 1999, 117 pp.

El 22 de septiembre de 1998 el Gral. A. Pinochet llegó a Londres para ser operado de una hernia discal. El 16 de octubre del mismo año, fue detenido por el juez español B. Garzón, quien le acusó del delito de asesinato de ciudadanos españoles en Chile entre 1973 y 1983. Desde ese momento se fueron sucediendo diversos hechos en relación a la situación jurídica (y política) del ex dictador. En medio de esos vaivenes, se difundió la "Carta a los chilenos", escrita desde Londres por A. Pinochet en diciembre de 1998.

Tal como lo dicen sus compiladores en la "Presentación", *Manifiesto de historiadores* es una de las tantas reacciones que dicha "Carta..." ha suscitado. Pero lo que diferencia a este libro de las otras "reacciones" es que refleja en sus páginas un resumen del debate que se ha instalado entre los historiadores, que no sólo se desenvuelve en torno a las diferentes visiones de la historia chilena, sino también en un eje centrado alrededor del papel que el historiador debe asumir en relación a la historia más reciente.

Una breve secuencia cronológica de este debate podrá servir de guía. Entre el 2 y el 18 de febrero de 1999 se publica en diferentes medios periodísticos chilenos el llamado "Manifiesto de historiadores", el cual es presentado por los compiladores del libro como "un manifiesto de refutación a las interpretaciones sobre las últimas décadas de la historia nacional contenidas en la misiva del ex dictador y en los Fascículos de Historia de Chile publicados en un periódico capitalino por uno de sus ex colaboradores, el historiador Gonzalo Vial" (p. 5). El manifiesto originalmente fue firmado por once historiadores, pero con el correr del tiempo ha recibido un gran número de adhesiones. El 12 de febrero, Gonzalo Vial Correa publica en el diario "La Segunda" un artículo titulado "Reflexiones sobre un manifiesto". Los mismos once historiadores le responden ahora con la "Réplica a las reflexiones sobre un manifiesto", apareciendo ésta entre el 7 y el 9 de abril de 1999 en dos periódicos chilenos.

El debate continuó con intervenciones provenientes de diferentes ámbitos. Algunas de ellas pueden leerse en la presente compilación, en la cual el lector encontrará en primer lugar el "Manifiesto..." y la "Réplica..." (vale aclarar que G. Vial no permitió la publicación de su artículo). Luego podrá recorrer otros 8 escritos de tinte diferente que se insertan en el debate mencionado, pero que más allá del mismo, se encuentran atravesados por la voluntad de construir una historia "diferente" a la oficial y la preocupación por el rol que el historiador debe asumir en la sociedad.

En términos de aportes novedosos a la historia chilena, la compilación no contribuye con artículos sustancialmente reveladores. Los hechos que en general se narran son conocidos desde hace ya tiempo —si bien también es cierto que han sido ocultados por una *versión* de la historia a la que no le conviene su difusión—. Sin embargo la intencionalidad del libro parece poder ubicarse en otro plano: el de intentar, a través del debate, dos movimientos importantes. Por un lado, la construcción de una historia alternativa, que recupere esa otra parte de la memoria que intenta ser reprimida. Por el otro, situar en el centro de la discusión el papel que le cabe al historiador en hechos como los que actualmente (1999) vive la sociedad, en los

cuales la frontera entre lo pasado y lo presente, lo histórico y lo actual, se desdibuja. En una entrevista ya clásica, E. Thompson afirmaba que "...recuperar una historia alternativa supone a menudo entrar en polémica con la ideología establecida..."¹ Creo que el puntapié inicial dado por el grupo de historiadores del *Manifiesto* va en esta dirección.

En el "Manifiesto..." se apela desde el comienzo a una verdad pública, oponiéndola a la "expresión históricamente distorsionada de un interés privado" (p. 7). Es interesante prestar atención a cómo los firmantes se presentan al público. Lo hacen en un carácter doble: como profesionales, asumiendo que desde el rol de historiadores/intelectuales su opinión tendrá un peso diferente; y a la vez como simples ciudadanos que ejercen su derecho de opinar, derecho que los mismos compiladores vieron severamente recortados hacia 1975, cuando fueron presos políticos y luego exiliados en Francia e Inglaterra.

El manifiesto hace hincapié en tres modos diferentes de manipulación: la carta a los chilenos, los fascículos de G. Vial y los alegatos esgrimidos ante las cámaras como consecuencia de la reciente detención de A. Pinochet. A partir de esta tripartición, los autores se dedicarán a refutar las afirmaciones contenidas en esos tres tópicos. Los cuestionamientos se dirigen principalmente a una mirada en exceso acotada que no se ha dedicado a rastrear los orígenes de los problemas de 1973 en momentos más alejados de la historia.

Tanto en el manifiesto como en la réplica subyace la idea de que existe una verdad que "emana de la experiencia" que es negada por las distintas versiones de la manipulación de la historia. A esta verdad es a la que apelan los once historiadores firmantes.

A veces el lector podrá tener la sensación de que los autores del manifiesto intentan descalificar una verdad "manipulada" para contraponerle otra verdad más acorde con lo que ellos consideran la "realidad" y que, por lo tanto, terminan cayendo en la misma posición que critican, pero desde veredas enfrentadas.

Luego de los dos documentos mencionados, se encuentra la «Carta de adhesión norteamericana al "Manifiesto de historiadores"» (firmada por 36 historiadores), que fuera publicada en *El Siglo* del 2 al 8 de abril de 1999. Aquí, además de la expresión de apoyo hacia el *Manifiesto...*, se apela a la responsabilidad que deben asumir los historiadores norteamericanos en la construcción de la historia de Chile, para ir edificando a la vez una "auténtica" memoria estadounidense sobre la experiencia chilena en las últimas décadas, y sobre todo, de la intervención estadounidense en los procesos políticos latinoamericanos" (p. 41)

El escrito de Mario Garcés D., titulado «En torno al "pesado trabajo" del historiador en el Chile contemporáneo», ataca a través de sus páginas la *verdad oficial*, poniendo énfasis en la existencia de otra historia preservada por los grupos populares del país. Hace referencia a una experiencia de la cual participó, el "Taller Nueva Historia", llevado a cabo en 1979, a través del cual se intentaba "promover iniciativas de recuperación de la memoria popular" (p. 47). A través de esta experiencia le contesta a Gonzalo Vial, quien habría afirmado que ninguno de

¹ THOMPSON, E. P., *Tradición, revuelta y consciencia de clase*. Crítica, Barcelona 1984, 2ª. Edición, p. 297.

los firmantes del manifiesto ha hecho ni la centésima parte de lo que él hizo en la Comisión Rettig, estableciendo los alcances de la represión. M. Garcés intenta demostrar la situación en que se encontraban muchos historiadores, en muchos casos perseguidos, y aún así intentando construir una historia de Chile. Señala, además, que "en relación al Informe de la Comisión Rettig, ninguno de nosotros fue invitado a participar de ella y sin embargo, hicimos llegar nuestras contribuciones..." (p. 50)

El artículo «Pinochet y su imagen histórica» de Cristián Gazmurri, efectúa un análisis situado en el plano de lo imaginario. Se pregunta "cuál va a ser la imagen histórica de Augusto Pinochet" (p. 54), distinguiendo el plano nacional y el internacional. Más allá de ciertas comparaciones que realiza (por ejemplo, de Pinochet con Fidel Castro) que son, como mínimo, discutibles; lo interesante del artículo radica en que, al preguntarse por la futura imagen del dictador, se pregunta también por las implicancias futuras que se desprenderán a partir de la construcción de esa imagen.

El historiador Sergio Villalobos R., pareciera querer ejercer, a través de las líneas de su artículo «El dilema de la historia», una especie de arbitraje entre dos posturas contradictorias: la adoptada por Pinochet y sus seguidores, y la de los autores del Manifiesto y sus adherentes. En este sentido, intenta situar algunos hechos "objetivos" que confirmarían sólo parcialmente ambas posturas. Brevemente, comenta la Carta a los Chilenos, afirmando que Pinochet se propone en ella tomar una "pose histórica" (p. 65). Villalobos recorre durante su artículo una pretendida *línea media*, supuestamente despojada de tintes extremistas. Es revelador de esta postura el penúltimo párrafo del artículo: "...en esas circunstancias se pierde el criterio mínimo, el buen juicio que nunca llega a polarizaciones absolutas y que al fin parece ser el espacio central por donde realmente transita la historia" (p. 66)

Rafael Sagredo Baeza, autor del artículo «Chile y su historia», cree que la discusión concerniente a los hechos más cercanos se encuentra saldada. Apoya la idea expresada por G. Vial en 1985, en donde afirmaba que "en el ámbito ético o moral el juicio de la posteridad y de la Historia es mucho más duro que el de los contemporáneos" (p. 68). La primera objeción que puede hacerse a Sagredo Baeza es, justamente, en torno a su concepción de la Historia: ¿acaso la Historia no es también un ejercicio contemporáneo? ¿O sólo debe reducirse a hechos "pasados"? ¿Cuál sería entonces el criterio de demarcación para *pasado* y *presente*? Luego de aquella afirmación, el autor desarrolla su trabajo abordando los antecedentes del golpe militar que, a su entender, explicarían la crisis del régimen democrático del 73. Luego despliega una versión teleológica y cíclica de la Historia, según la cual, después de lapsos de expansión, vendría una etapa de crisis, y posteriormente una de autoritarismo, luego de la cual el ciclo volvería a comenzar. Concluye afirmando que, apelando a la modernidad pensada como "la capacidad de superar los momentos de crisis dentro de la institucionalidad" (p. 74), quizás pueda romperse la historia cíclica y no deba sobrevenir el autoritarismo a la crisis.

El artículo de Fabio Moraga Valle, «Responsabilidades históricas», se centra más en el debate establecido en torno a la *Carta...* y al *Manifiesto...* En un primer momento se dedica a analizar este último, para luego detenerse en las razones que algunos historiadores esgrimieron para no adherir al Manifiesto. Las negativas a firmarlo se alinean, según él, detrás de

tres razones principales. La primera, un desacuerdo frente al "tono" del manifiesto. La segunda asienta su negativa en el hecho de que el manifiesto "culpa a la oligarquía de la responsabilidad histórica del golpe de Estado" (p. 83). La última línea argumentativa sostiene que los elaboradores del manifiesto pretenden una construcción que sería "la única visión progresista de la historia" (p. 86). Comparto la posición del autor, quien frente a estas diferentes posturas, se pronuncia en contra de cualquiera de ellas y a favor del intento del *manifiesto* de poner sobre el tapete el papel de la intelectualidad y en particular el de los historiadores.

Un tono radicalmente diferente al de los artículos precedentes es el que adopta Leonardo León en su artículo «Los combates por la historia», a mi criterio, uno de los mejores escritos de esta compilación. Tomando como punto de partida el relato de un historiador acerca de cómo había sido torturado (relato efectuado durante la presentación del lanzamiento de la "Historia de Chile Contemporánea" en abril de 1999), L. León "invita" al lector a recorrer algunos hechos de su propia historia. A partir de este recurso, el lector queda posicionado como un espectador frente a una sucesión de situaciones en las cuales se pone de relieve, a través de la narración, cuáles han sido algunos episodios indiscutibles de la historia chilena y, a la vez, cuál ha sido la postura de un historiador -la suya- ante esos episodios. Intercala en la narración una frase de un poema de Neruda (citado al comienzo del artículo): "venid a ver la sangre por las calles". Luego de dicho recorrido, concluye con su idea acerca del deber del historiador: evitar, con su trabajo, que vuelva a correr sangre de los chilenos por las calles, y evitar que se transforme en héroes a criminales.

Por último, nos encontramos con el artículo de uno de los compiladores del libro, Sergio Grez Toso, quien cierra la compilación. A tono con el resto del libro, nos recuerda cómo fueron dándose las situaciones para que el *Manifiesto* viera la luz, y cómo fue difundido por distintos medios y en gran cantidad de países. El compilador sale al cruce de ciertas críticas, que acusaban a los firmantes de falta de objetividad. A esto, responde: "¿es posible la "objetividad científica" ante una historia desgarradora? ¿Cómo pensar historiográficamente el horror?" (p. 116). Grez piensa que el éxito del *Manifiesto* se debió principalmente a que aportó una visión alternativa de la historia de Chile. Personalmente, pienso que su éxito en parte puede radicar en ello. Pero creo que a la vez radica en algo que Grez también menciona: "el *Manifiesto de historiadores* quedará en la memoria [...] como un ejercicio activo de ciudadanía, como una manera de plasmar la idea de ocupar espacios y tomar la palabra a pesar de la debilidad de nuestra voz" (p. 117).

Volviendo a lo planteado en el inicio, creo que la compilación nos deja dos claros mensajes: uno en torno a la Historia de Chile en particular y a la Historia como disciplina en general. El otro mensaje, se centra en el papel del historiador en la sociedad, más puntualmente frente a hechos actuales y/o contemporáneos.

En relación al primer punto, creo que una historia no debe contraponerse a otra historia, como si se tratara de dos unidades homogéneas que ostentan cada cual una verdad en apariencia indiscutible. Por el contrario, creo que se trata de reconocer que existe una multiplicidad de historias, y por ende, de verdades; y que la labor del historiador radica en respetarlas inten-

tado, es cierto, acercarse a una verdad que él considera apropiada pero que, sabe, nunca será la única ni, tampoco, "objetiva".

En cuanto al papel del historiador, la compilación – y la difusión que el *Manifiesto* ha tenido – viene a quebrar el escepticismo que ha ganado a muchos historiadores. Demuestra que una posición activa en la sociedad es no sólo posible, sino deseable, siempre y cuando entendamos al ejercicio de la historia como compromiso. Compromiso que, en el caso de los historiadores, se toma desde un doble lugar: desde el lugar de intelectuales, pero también desde el de ciudadanos.

En torno a la contemporaneidad de los sucesos, y de cómo debe pararse frente a ellos el historiador, el libro demuestra que el ámbito de la Historia no es necesariamente el pasado lejano, sino también la reconstrucción del mismo en relación a un presente, presente que también es objeto de la Historia al resignificarse desde su mirada.

En este sentido, una experiencia también en extremo interesante nos aporta su visión. Se trata de la llevada a cabo por la "Escuela Libre de Historiadores" de Sevilla. En un artículo inédito titulado "La Historia urgente: la Universidad en la calle", los integrantes² expresaban: "esta historia que proponemos es *urgente* de construir [...] porque tenemos que vivir todos los días y ese ejercicio no es nunca trivial o fingido [...] sino auténtico y descarnado, de una veracidad absoluta y en ocasiones trivial [...] El dilema existencial nos conduce, pues, primordialmente a la historia en su forma más genuina y que nunca deberíamos olvidar: como interrogante abierto – grito desolado – acerca de nosotros mismos: ¿quiénes somos en cuanto a lo que hemos sido?"

Los distintos colaboradores de este libro nos han recordado la existencia de *otros modos de hacer historia*, que no se reducen a la investigación académica llevada a cabo entre cuatro paredes. Se trata de un aporte de primer orden tanto para profesionales como para legos, quizás no tanto por sus aportes del orden de lo fáctico (si bien es importantísimo rescatar esa historia alternativa que los distintos autores presentan) sino, por sobre todo, porque nos enseñan y recuerdan aspectos de la profesión de historiadores que solemos tener olvidados.

LUCÍA BRIENZA
U.N.R.

² ASTORGA MORANO, P., GARCÍA BERNAL, J. J., LARA BERMEJO, A., MELERO OCHOA, F. y RODRÍGUEZ TOUS, J. M. «La Historia urgente: la universidad en la calle», comunicación presentada al II Congreso Internacional Historia a Debate, Santiago de Compostela -14 al 18 de julio de 1999-.